

La categoría y la experiencia de clase

Un debate cruzado entre teoría, socialismo y nación

Category and Experience of the Class

A Crossed Debate Between Theory, Socialism and Nation

Nahuel Iván Grinberg*

Fecha de Recepción: 24/05/2022

Fecha de Aceptación: 09/01/2023

Resumen: *El trabajo se propone abordar críticamente la noción de clase en su doble acepción de categoría estructural de análisis y también en su dimensión histórico-práctica encarnada en gente real. Para ello se toma como punto de partida las investigaciones de los historiadores marxistas británicos, en particular E.P. Thompson, y también las contribuciones de la sociología del conocimiento desarrollada por Karl Mannheim. El contraste entre estas dos acepciones del concepto es ejemplificado a partir del caso concreto del socialismo alemán en la República de Weimar. Su intervención en la esfera pública ha posibilitado la transformación epistemológica y política del concepto de sindicato en el derecho constitucional alemán. Finalmente, a partir del análisis del jurista socialdemócrata alemán Hermann Heller, el trabajo se propone criticar la idea vulgar marxista de que los trabajadores de todas las naciones se conciben como iguales sólo por afrontar el mismo destino económico de clase. En ese sentido, la idea de nación como comunidad cultural de pautas de conducta hacer ver lo imprescindible del vínculo entre socialismo, clase y nación.*

Palabras clave: *clase – experiencia – socialismo – nación - ciencias jurídicas - ciencias sociales*

Abstract: *The work aims to critically address the notion of class in its double meaning as a structural category of analysis and also in its historical-practical dimension embodied in real people. For this, the research of British Marxist historians, in particular E.P. Thompson, and also the*

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y Magíster en Historia Conceptual (UNSAM), doctorando en Historia (UNSAM). Jefe de Trabajos Prácticos de Proseminario en la carrera de Filosofía (UNSAM). Correo electrónico: nahuel.ivan.grinberg@gmail.com

contributions of the sociology of knowledge developed by Karl Mannheim. The contrast between these two meanings of the concept is exemplified from the specific case of German socialism in the Weimar Republic. Their intervention in the public sphere has made possible the epistemological and political transformation of the concept of trade union in German constitutional law. Finally, based on the analysis of the German social democratic jurist Hermann Heller, the paper aims to criticize the vulgar Marxist idea that workers of all nations are conceived as equals only because they face the same economic class destiny. In this sense, the idea of the nation as a cultural community of behavior patterns makes us see the essential link between socialism, class and nation.

Keywords: *Class -Experience – Socialism – Nation - Legal Sciences - Social Sciences*

El siguiente artículo pretende insertarse en la misma problemática teórica que la de los historiadores marxistas británicos (Harvey J. Kaye, 1989) pero desplazándose de la problemática histórica que estos historiadores han estudiado. Es conocido el esfuerzo teórico de los historiadores marxistas británicos por desarrollar una historiografía marxista alejada del determinismo económico que, con demasiada frecuencia, reduce la dimensión política, jurídica, cultural o ideológica, es decir la superestructura, a la base material, técnica y económica. Este artículo es heredero de ese legado y por eso rechaza la reducción unilateral de la clase a la economía. Por el contrario, la propuesta de este trabajo consistirá en mostrar que la determinación de lo que sea la clase tiene que involucrar otras dimensiones de la vida humana como las sexuales, las políticas y, sobre todo, las culturales-nacionales (Heller, 1968). Por eso, desplazándonos de la problemática histórica que los historiadores marxistas han trabajado, a saber: el tema de los orígenes, desarrollo y expansión del capitalismo, nosotros queremos ocuparnos de la función que han desempeñado los partidos obreros nacionales y los sindicatos a la hora de generar una conciencia de clase que no se reduzca solamente a los intereses económicos. En el transcurso de fines del siglo XIX y principios del XX, buena parte del

movimiento obrero europeo comenzó a sentir una identidad de intereses en común frente a sus gobernantes y patronos, lo que propició el desarrollo de sindicatos y partidos obreros a nivel nacional (Wolfgang Abendroth, 1970).

El artículo se dividirá entonces en tres secciones. La primera estará abocada a mostrar como los historiadores marxistas británicos, en particular (E. P. Thompson, 2012), han contribuido a la reconsideración de la noción de clase en términos estrictamente económicos por una noción considerada en términos de experiencias y actividades. En la segunda parte analizaremos la importancia del concepto de sindicato y lo que este quiere significar según esa definición provenga de la ciencia jurídica o la social. (Wolfgang Abendroth, 1973). Como señala Abendroth, el desarrollo del concepto de sindicato entre fines del siglo XIX y comienzos del XX tuvo una importancia sobre todo social más que jurídica, en el sentido de que ya no fue entendido como mera asociación armónica entre los trabajadores y los patronos, sino que fue pensado como una asociación para la defensa colectiva de los intereses laborales frente a los patronales. Finalmente, la tercera y última parte del artículo retoma la tesis de la reducción unilateral de la clase a la economía pero esta vez para discutir una especie de esquematismo internacional que, según Hermann Heller, caracteriza al marxismo de mediados del siglo XIX (Heller, 1985). Según la tesis de Heller, a Marx le preocupó muy poco el problema de las nacionalidades porque considero que las singularizaciones y los contrastes culturales de los pueblos se desvanecían cada vez más a causa del desarrollo de la burguesía, del libre comercio, el mercado mundial y la uniformidad de la producción industrial.

El problema de la determinación de la clase

Los historiadores marxistas británicos han hecho una contribución muy importante al concepto de clase y también han ampliado la definición tradicional que de ella han dado el marxismo y la sociología ortodoxa (Mannheim, 2003). Durante bastante tiempo, los estudios de estratificación social fueron caracterizados por análisis de clases estáticos

y a históricos. Ello es particularmente evidente entre los marxistas estructuralistas que, como Louis Althusser, consideraron que su tarea era la formulación rigurosa de esquemas de clasificación que mostraran el ordenamiento de las clases más allá de sus procesos de formación y de las batallas históricas que modifican las líneas de demarcación. Indudablemente, incurriríamos en un reduccionismo caricaturesco sino señalamos que esta forma de enfocar el problema es deficitaria de cómo el propio Thompson asumió los supuestos agravios provenientes del teorismo althusseriano. Para los lectores que estén interesados en profundizar las problemáticas relaciones entre la historia y la filosofía marxistas, sugiero el artículo de Jose Sazbon *Dos caras del Marxismo Ingles. El intercambio Thompson-Anderson* (Sazbon 2000). Allí, el filósofo argentino señala algo que es importante para comprender los términos generales del debate. Según su interpretación, el rasgo más evidente de la polémica tiene que ver con una disputa inter-disciplinar. La intervención de Thompson está marcada por el rechazo de lo que considera que es característico en Althusser, a saber, una observación teórico-formal de las regularidades históricas que permiten elaborar un modelo universalizante de las representaciones de clase. En su lugar, el historiador inglés propone una forma de abordaje en la que no sólo se recupere la inconmensurabilidad de las experiencias nacionales, sino que también se ponga de manifiesto como las condiciones nacionales y culturales influyen en un actuar humano siempre orientado por valores.

En ese sentido, la sociología marxista corriente ha considerado la clase independientemente de las percepciones y las reacciones del individuo, impidiendo pensar, como proponen los historiadores marxistas británicos, la determinación de la clase como un proceso activo, aunque estructurado. Si retomamos la introducción de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* vemos como Thompson toma posición frente a esas variedades de marxismo y de ciencia social que están caracterizadas por el determinismo económico y la negación de la actividad humana. En oposición a las formulaciones deterministas y economicistas, los historiadores marxistas británicos tratan de interpretar los fenómenos de clase a partir del concepto de experiencia. El término aparece varias veces en las páginas de *La formación de la clase obrera en*

Inglaterra y es fundamental para entender cómo, a partir de este concepto, la estructura de clase entra en la historia.

La experiencia sitúa la determinación material-clasista en el tiempo y como parte de un proceso histórico. En ese sentido, hombres y mujeres recuperan su centralidad perdida pero no como sujetos completamente autónomos y libres, sino como personas que experimentan sus situaciones y relaciones actuando en una situación determinada y en relación con otros agentes históricos. No se trata de remitir las acciones a actores individuales sino a lo que sostienen Marx y Engels en *La ideología alemana*: “La esencia del hombre no es una abstracción inherente a cada individuo particular. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales.” (Karl Marx y Friedrich Engels, 1968) En este punto es importante entonces una aclaración, pues, en sus esfuerzos por superar el modelo base-superestructura y su tendencia al determinismo económico, los historiadores marxistas británicos no rechazan todo tipo de determinación en favor de un voluntarismo absoluto e ingenuo. Tampoco rechazan la proposición de que el ser social determina la conciencia social. Lo que hacen, en realidad, es tomar distancia del determinismo económico y subrayar la importancia de la acción histórica y social. En tanto fenómeno histórico, la experiencia de clase es un proceso activo que denota tiempo y *que debe tanto a la acción como al condicionamiento* (E.P.Thompson, 2012, p. 27). De esta manera, la noción de experiencia se vuelve mediadora entre el ser social y la conciencia social y eso le permite a Thompson distinguir entre las relaciones de producción y las relaciones de clase. Las primeras permiten comprender como la experiencia de clase está determinada por las relaciones productivas en las que el ser humano nace- y en las que entra involuntariamente-, pero las segundas se refieren a las maneras en las que tales experiencias se interpretan en términos culturales. Es por esa razón que Thompson se opone a la idea de que la clase trabajadora pueda definirse de forma casi matemática *tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción* (2012, p. 28), reduciendo la experiencia de clase trabajadora a la conciencia que esta debería tener si fuera consciente de su propia posición y sus intereses reales.

Los historiadores marxistas británicos no han sido los únicos en advertir esta diferencia entre la posición de clase y la clase consciente. También Karl Mannhiem, el fundador de la sociología del conocimiento, ha señalado la importancia de comprender la experiencia de clase a partir de las conductas y los comportamientos humanos (Mannheim, 2003). Según el sociólogo húngaro, la posición de clase designa la ubicación de los individuos y los grupos en el orden social. Así, la ubicación social hace referencia a la exposición continua de los individuos a influencias similares o a las mismas oportunidades, incentivos y restricciones. El término ubicación puede todavía ampliarse para incluir no sólo un hábitat social común, sino también fenómenos como las generaciones y los grupos de edad. Sin embargo, si bien la posición de clase brinda una cierta afinidad de intereses vinculados con la familiarización a determinadas condiciones socio-históricas, la posición de clase de ninguna manera determina un solo tipo de reacción ante esas circunstancias. En ese sentido, Mannhiem propone entender al ser humano principalmente a partir de sus comportamientos y motivaciones, y estos, como también vimos en el caso de los historiadores marxistas británicos, se relacionan con una situación determinada que no es posible dejar de analizar. Para Mannhiem, eso tiene que ver con que la localización tiene un componente objetivo y otro subjetivo. El carácter objetivo de un emplazamiento puede definirse sin tener en cuenta el comportamiento de sus ocupantes, ya que una posición simplemente existe, independientemente de cómo se responda a ella. Por el contrario, el carácter subjetivo tiene que ver con que la posición de clase se actualiza y se hace discernible sólo a través del comportamiento de sus integrantes, aunque estos no respondan a ella de manera típica o predecible.

Vemos así que, tanto a Mannhiem como a Thompson, les interesa distinguir la experiencia de clase de la posición de clase, mostrando que la primera no puede ser pensada independientemente de las acciones de los individuos ni de cómo los distintos grupos reaccionan ante posiciones económicas idénticas. Esta operación se vuelve explícita en el prefacio a *La formación de clase obrera en Inglaterra*. Allí Thompson muestra que las maneras en la que un modo de producción determina la formación de

las clases no pueden ser entendidas sin referencia a algo como una experiencia común, una experiencia de las relaciones de producción vivida y encarnada en gente real. Como dijimos hace pocas líneas, la importancia del concepto de experiencia, como así también el de acción, es que sirven como mediadores entre las relaciones de producción y la experiencia de clase; ambos permiten introducir en el problema de la determinación de las clases las particularidades históricas y culturales. En este punto me parece importante señalar que, frente a posiciones que insisten en calificar al enfoque de Thompson como culturalista o subjetivista, creo que, mirado más detenidamente, el análisis de Thompson invita a pensar más bien en un enfoque relacional. El hecho de que el individuo y los grupos sean tomados como realidades primarias de la experiencia histórica que es la clase, no debe hacernos olvidar que las condiciones objetivas a las que estos se enfrentan estimulan o restringen sus comportamientos, aunque tanto los individuos como los grupos no sean completamente conscientes de ello. Asignarle prioridad al comportamiento de los individuos y los grupos no implica considerarlos independientemente de las relaciones sociales en las que ellos participan como miembros de distintos grupos. Si reparamos en una frase del prefacio de Thompson que explica el proceso de formación de la experiencia de clase, veremos cómo esta se configura en relación con grupos superpuestos y conflictivos:

Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resulta de sus experiencias comunes- heredadas o compartidas- sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos- y habitualmente opuestos – a los suyos. (Thompson, 2012, p. 27).

A esto nos referíamos con que el enfoque de Thompson es relacional y no culturalista. Él no defiende que la formación de la clase sea independiente de las condiciones objetivas o que la clase pueda ser definida simplemente como una formación cultural, sino más bien que la clase se produce conforme los hombres y las mujeres viven sus relaciones productivas dentro del conjunto más amplio de las relaciones sociales. Desde

esta perspectiva, Thompson insiste en entender el concepto de clase como relación y proceso porque de esa manera puede poner de relieve la prioridad de la lucha de clases con respecto a la noción estática de clase. Así, frente a posiciones estructuralistas que tienden a identificar la clase con la ubicación en las relaciones de producción, Thompson enfatiza la preeminencia del conflicto y las luchas sociales, aun cuando la conciencia de estos enfrentamientos no esté completamente desarrollada. Claro que en ciertos lugares y periodos podemos observar formaciones de clases ya maduras, es decir conscientes de sí mismas y de su relación con el resto de los grupos, pero eso no significa que cuando la conciencia está menos desarrollada el conflicto desaparezca. Respecto a este concepto de lucha de clases es necesario distinguir entre su prioridad analítica o su prioridad histórica. Cuando consideramos a la clase como formación social que surge de procesos activos, el énfasis está puesto en la presencia histórica de la clase a lo largo de un determinado período de tiempo. Por el contrario, cuando la preeminencia del concepto es analítica se pone de relieve la función del proceso de producción, y así la clase se usa como una categoría para clasificar la evidencia histórica. Pero, como afirma Thompson una vez más en contra de Althusser, la categoría de la lucha de clases como comprensión y motor de la historia es completamente inadecuada, porque supone dos entidades diferentes: la historia, que desde este punto sería inerte, y un motor (la lucha de clases) que la pondría en marcha. Por el contrario, Thompson enfatiza que la clase es una relación histórica y que la lucha de clases es el resultado de los conflictos sociales e históricos de hombres y mujeres que participan en su propio desenvolvimiento histórico.

En resumen, una vez más quisiéramos señalar que es la noción de experiencia la que permite una mediación entre el ser social y la conciencia social. Pues frente a los prejuicios ideológicos que consideran a la experiencia como una materia prima que las ideas tienen que moldear para hacer a parecer la conciencia de clase; Thompson sostiene que es la experiencia histórica la que ejerce presiones sobre la conciencia existente, aun cuando indefectiblemente lo haga dentro de determinados límites socio-históricos particulares. Según nuestro autor, el concepto de experiencia es válido y efectivo porque

permite pensar crisis de identidad colectiva y apertura hacia nuevas modalidades de lo que sea la experiencia de clase. A menudo sucede que una serie de experiencias corrientes, pero no menores, y con frecuencia también inconscientes (Karl Mannhiem, 1941) contribuyen a reorientar los comportamientos de una clase, pero no necesariamente de la totalidad de sus miembros. Las personas tienen motivaciones ambivalentes y por lo general ocupan más de un hábitat social, razón por la cual la posición de clase es tan sólo una de las varias locaciones y una de las varias motivaciones para la acción. Es por eso que tanto Thompson como Heller sostienen que las personas que integran una clase no se reúnen solamente por la ubicación en el proceso de producción, sino que en realidad están reunidos por otros operadores históricos como pueden ser las experiencias sexuales, lingüísticas, culturales, sociales y políticas (Heller, 1968). En opinión de (Bruno Karsenti, 2017) y de (José Nun, 2015), es necesario retomar la lectura de *La ideología alemana* para entender que la noción marxista de ser social no está aludiendo al modo de producción en sentido restringido. Si este fuera el caso, la base material sería suficiente para conducir a la emancipación de la conciencia proletaria. En su lugar, tanto Karsenti como Nun insisten en que el ser social es usado como un concepto totalizador que denota la unidad compleja del desarrollo humano, principalmente en su dimensión práctica pero también en la esfera política, familiar, sexual, etc.

Pero, así como hay que recurrir a *La ideología alemana* para mostrar que las relaciones sociales no cambian sólo con el proceso de trabajo sino más en general con la praxis histórica, que incluye otras actividades de la vida social; así también, Karsenti y Nun nos advierten sobre uno de los temas centrales del *Manifiesto comunista*. (C. Marx y F. Engels, 1969) En aquel texto, Marx y Engels elaboraron un diagnóstico acerca de la expansión del capitalismo y el mercado mundial que constaba de dos premisas fundamentales: la primera se refería a la consolidación de la hegemonía burguesa y la segunda a la extensión de los derechos civiles, políticos y sociales para la clase obrera. En lo que hace a nuestro trabajo, no me interesa tanto discutir si efectivamente es cierta la hipótesis de que la maduración de las relaciones capitalistas

traería como resultado la pacificación de los conflictos sociales y políticos (Silvia Federici, 2004); sino más bien problematizar la escala de análisis, es decir, examinar hasta qué punto es cierto que el desarrollo del capitalismo a nivel global elimina las diferencias nacionales. Según lo que sostiene el ya citado José Nun: “Desde un enfoque práctico hay que tener en cuenta que las organizaciones son sistemas con exigencias propias y que estas, al igual que la estructura de los ambientes específicos en los cuales operan, condicionan en gran medida la lógica de su acción” (Nun, 2015, p. 90). Esto significa que el desarrollo del capitalismo en los distintos lugares del globo no ha sido completamente uniforme y que ha adquirido ritmos y características propias que indican la importancia de las historias nacionales.

Sobre el concepto social de sindicato en el derecho constitucional alemán.

Una vez establecida la importancia de ampliar el concepto de clase reflexionando sobre la noción de experiencia y cómo esta contribuye a desplazar el foco de atención desde las posiciones económico-materiales hacia los comportamientos y luchas sociales, es necesario que analicemos el proceso por medio del cual un grupo comienza a actuar colectivamente de acuerdo con una evaluación de su propia situación histórica y social. Para Karl Mannhiem (2003), el proletariado fue el primer grupo que intentó una autoevaluación sociológica de su experiencia de clase. En nuestros días podemos ver que no ha sido el único y que otros grupos, como el colectivo feminista, también pretenden hacer un análisis de su propia realidad histórica. En líneas generales, cada uno de estos grupos trata de redefinir su identidad y en ese esfuerzo no sólo se ven obligados a hacer un balance de sí mismos, sino también a enfrentarse críticamente a un conjunto de interpretaciones ya consolidadas. Para seguir con el ejemplo de las mujeres, ellas solían aceptar la definición masculina de su identidad y entonces solían verse a sí mismas como las veían los hombres. El cambio de experiencia y la toma de conciencia de este hecho marcaron el inicio de una nueva conciencia grupal feminista. En ese sentido, lo que queremos mostrar es que cuando un grupo revisa su propia

definición dada por otro, en realidad lo que sucede es que comienza a revisar su relación con ese otro grupo. Las calificaciones de sí mismo y de los demás pertenecen a la sociabilidad cotidiana de los humanos. En ellas se articula la identidad de una persona o grupo y sus relaciones con los demás. En el uso de esas expresiones puede haber coincidencia o cada cual puede aplicar a su contrario una expresión distinta de la que este utilizaría para sí mismo. No es lo mismo por ejemplo llamar a un empresario patrón o explotador, o decir que un obrero es un trabajador en lugar de un material humano. Esto es lo que Reinhart Koselleck ha llamado los conceptos contrarios asimétricos (Koselleck, 1993). La asimetría tiene que ver con que las definiciones contrarias muestran algo más que una simple descripción o denotación, más bien ponen en evidencia que los conceptos contrarios están orientados a delimitar la pertenencia a un grupo y a excluir a quienes no se reconocen en él.

Examinemos entonces esta tensión conceptual en la contraposición entre el amplio concepto de coaliciones de trabajadores y el concepto más estrecho de sindicato en el periodo de la República de Weimar. Como sostiene Wolfgang Abendroth (1973), incluso antes, ya desde 1914, era un hecho recogido en el lenguaje corriente y en la conceptualización científico-social que no todas las asociaciones de trabajadores son sindicatos. En particular, el jurista alemán destaca que no se puede considerar sindicatos a las asociaciones de trabajadores basadas en el concepto de paz económica, pues el objetivo de esas organizaciones no es contraponer los trabajadores al empresario. El estatuto modelo de las asociaciones profesionales, por ejemplo, no prevenía el arma de la huelga y subrayaba la armonía de intereses entre los obreros y los empresarios en detrimento de la contraposición de intereses entre trabajadores y patronos. Así, estas asociaciones, también llamadas uniones de empresas, tenían como objetivo neutralizar la contraposición de intereses adhiriendo a la idea de la comunidad de empresa. Por el contrario, el concepto de sindicato tal como se constituyó a partir del artículo 159 de la constitución de Weimar sostenía: “Los sindicatos son representaciones permanentes de intereses y organizaciones de lucha de los asalariados y los empleados de una misma rama, las cuales se proponen asegurar y mejorar las condiciones de trabajo dentro del

orden social existente”. (Abendroth, 1973, p. 375)

Lo interesante de la distinción entre el concepto amplio de coaliciones de trabajadores y el más estrecho de sindicatos es que muestra la importancia de la lucha de clases, tal como lo venimos en el anterior apartado de los historiadores marxistas británicos. En ese sentido, el punto de partida del concepto de sindicato reside en la afirmación consiente de la lucha de intereses como fundamento de un desarrollo dinámico y no una fijación estática de las clases sociales. En el contexto particular de la República de Weimar, el momento contradictorio de los intereses económicos-sociales pone tan bien de relieve la contradicción entre los conceptos de la ciencia jurídica y los conceptos científicos-sociales. En el primer caso, el del derecho constitucional y administrativo, el concepto general de uniones económicas y asociaciones de empresa no contempla los elementos de lucha, voluntad de lucha y solidaridad combativa de los trabajadores que son característicos del concepto de sindicato en la ciencia social. Por el contrario, para este último es fundamental el reconocimiento de los sindicatos como parte representativa de los trabajadores frente a sus contrincantes sociales. Sobre la base de esta transformación histórica de los convenios colectivos de trabajo, el criterio decisivo para definir a los sindicatos es la disposición a la lucha laboral, la afirmación de la necesidad de una solidaridad combativa de los trabajadores y el derecho de codecisión en las medidas laborales.

Pero el conflicto principal en la República de Weimar es, según el análisis de Abendroth, que el orden jurídico se resistía a recoger la distinción que proponía la ciencia social. Para los juristas más dogmáticos era difícil admitir el tratamiento diferencial de los sindicatos en relación con otras coaliciones de trabajadores, pues eso iba en contra del principio de igualdad jurídica constitucional característico del liberalismo (Stolleis, 2019). La concepción formal del derecho se basa en una serie de principios fundamentales y de la constitución como un sistema fijo para la resolución de los problemas de la vida social. La tarea de esos principios es garantizar la libertad y la igualdad de los ciudadanos independientemente de sus circunstancias personales y sin la intervención arbitraria del poder. Se trata de la doctrina del Estado de derecho

(Heller, 1985) basada en el imperio de la ley y en la intensificación de las ideas racionalistas y de cálculo en las relaciones sociales. El problema fue que en el turbulento y conflictivo periodo de la República de Weimar se demostró que la igualdad jurídica general de todos los ciudadanos no garantizó la igualdad fáctica de las condiciones de vida. Razón por la cual se creyó necesario incorporar al derecho constitucional contrapesos que equilibrarán las desigualdades naturales, sociales y económicas. Firmemente convencido de que la armonía de intereses impuesta por la seguridad de las leyes era perjudicial para la parte más débil de la sociedad, el proletariado abogó por una formación democrática ya no formal sino pluripartidista, cuya esencia se basa en la relación contradictoria de las distintas fuerzas políticas. Fue este desarrollo social el que mostro la necesidad del concepto más estrecho de sindicato. Este puso de manifiesto que, si se quiere mantener un equilibrio más o menos relativo en el orden social y político, es necesario dar un trato diferente a las coaliciones orientadas a la representación combativa y solidaria de los intereses de los trabajadores.

La acción combativa de los sindicatos tenía así un objetivo de lucha inmediato, la mejora de las condiciones de vida, pero también un objetivo demostrativo en relación con el Estado constitucionalmente democrático. Aunque por entonces no se había consumado del todo el paso del sistema constitucional representativo-liberal al sistema social de partidos, el cual no estaba explícitamente reconocido por la constitución, sin embargo, si era cada vez más evidente la abstracción que implicaba reducir la democracia a la igualdad jurídica del Estado de derecho. El movimiento político sindical de los trabajadores puso así de manifiesto la contraposición entre el sistema jurídico-normativo, supuesto garante transcendental de la armonía de los intereses, y el sistema democrático de partidos que resulta de las contraposiciones sociales y de la posibilidad que tengan las distintas organizaciones de intervenir en las decisiones. El contraste entre el concepto amplio de uniones de empresas y el más estrecho de sindicato sirve a los efectos de criticar el modelo de sociedad impuesto por el liberalismo, el cual sostiene que la conexión social es el resultado de la suma de los intereses de individuos libres e iguales. Desde la Revolución francesa, pero más

enfáticamente desde el siglo XIX, la idea rectora de los lazos sociales es la de la sociedad civil (Heller, 1968), es decir, la de la sociedad pura de relaciones de mercado entre sujetos económicos libres e iguales. Su primer supuesto es la autodeterminación de cada persona y de su interés individual y egoísta; el segundo, la prosperidad como consecuencia de los contratos libres entre estos individuos absolutamente soberanos. El problema, como nos gustaría señalar en el siguiente y último apartado, es esta reducción unilateral de los lazos humanos a meras conexiones económicas. Analizando algunos pasajes de *Teoría del Estado* y de los *Escritos políticos* de Hermann Heller, intentaremos mostrar que la economía es una más dentro de las varias ocupaciones culturales de los humanos, y que la vida social de los hombres debe ser comprendida en su total existencia, corporal, espiritual, sexual, técnica-económica, política, religiosa o de otra clase.

La concepción materialista de la historia y la nación

Decíamos recién que el error del liberalismo era la concepción del *homo oeconomicus* como un hombre cuya acción está determinada exclusivamente por intereses económicos. Tratamos de mostrar que el régimen de libre competencia y libre comercio, supuestamente garantizado por el derecho, no es más que la construcción de un modelo racional y formal que deja sin consideración otras dimensiones de la vida humana. Es cierto también que el marxismo ha representado una feroz crítica a este modelo social tan abstracto y liberal del capitalismo, poniendo de manifiesto que los vínculos humanos no son el resultado de asociaciones libres y espontáneas entre sujetos desiguales por naturaleza, pero iguales en derechos. Por el contrario, el marxismo ha tratado de mostrar que la desigualdad entre los humanos no es una desigualdad natural, sino que proviene de: *determinadas causas económicas, especialmente la posesión o la carencia de los medios de producción- esto es, a hechos sociales, que históricamente han surgido y que históricamente son mudables* (Heller, 1985, p. 140). Así, en una época dominada por el unilateralismo racional y economicista del liberalismo, el mérito

del marxismo consistió en haber puesto de relieve que los vínculos humanos están determinados por la contradicción social-material que se da entre los propietarios y los no propietarios de los medios de producción. Según Heller, el paso a delante del marxismo consiste en sacar a la especie humana del ciclo de reproducción vital que caracteriza a las otras especies y, en cambio, ponerla en una dinámica histórica donde lo que es producido por una generación pasará a la siguiente y esta a su vez también tendrá que actuar sobre lo que le ha sido transmitido. Así, Heller considera al materialismo histórico como un gran método de investigación para entender la realidad actual, consistente siempre en el trabajo que hacemos para transformar las condiciones de producción sociales que hemos heredado históricamente.

Ahora bien, para Heller, el problema de algunas concepciones socialistas es que no han advertido que los seres humanos no sólo encuentran una forma de organización social siempre distinta según el momento histórico, sino que también el material es distinto de nación a nación. Aquí la nación debe ser entendida como una colectividad de pautas y convicciones de una comunidad de cultura que comparte lengua, costumbres y un modo común de vivir (Heller, 1985). Desde esta perspectiva, el materialismo histórico no es una mera cuestión de organización económica y de la posición que ocupamos en ella (productores / no productores), sino que en realidad tiene que ver con la organización de una particular forma de vida, imposible de comprender al margen de los propósitos y las acciones de una comunidad de cultura. Aquí la concepción de Heller se aproxima bastante a la de los historiadores marxistas británicos, o en realidad estos a la de él, en el sentido del primado de la acción y la experiencia para comprender la particularidad de las *formaciones sociales* (Heller, 1968, p. 51) y culturales. También es cierto que para la tradición francesa del marxismo a partir de los años cincuenta (Karsenti, 2017, p. 165), esta base material que consiste en un conjunto de prácticas socio-culturales permite superar la concepción clásica del materialismo como primado de las determinaciones económicas. Según Karsenti, la clave de comprensión histórica del marxismo hay que buscarla en la actividad del trabajo, cuya función, como vimos, es transformar el material heredado por una tradición cultural

determinada. Sin embargo, para Heller, el materialismo histórico de comienzos del siglo XX sigue concibiendo el curso histórico como un despliegue unilateral de las relaciones económicas aisladas de los seres humanos y sus propósitos culturales/nacionales.

Como vimos en el primer apartado, Heller también se refiere al problema de la base-superestructura. Sostiene que el núcleo de la concepción materialista de la historia es que las estructuras espirituales que influyen en el curso de los acontecimientos, es decir la superestructura, son mero reflejo de las circunstancias técnico-económicas. Esta reducción de la cultura a la economía está relacionada también con lo que vimos en el primer apartado respecto de la noción de clase, en la que esta era entendida como grupo humano con intereses comunes esencialmente condicionados por la posición que ocupan en el proceso de producción. Al igual que los historiadores marxistas británicos, Heller también rechaza esta reducción unilateral de la clase a la economía y afirma que la misma base económica puede mostrar infinitas variaciones si contemplamos otras áreas en las que se desenvuelve la actividad de los humanos. Si además de las circunstancias económicas tenemos en cuenta otras condiciones como pueden ser las nacionales, las sexuales, las políticas, las religiosas o cualquier otra realidad empírica que influya sobre los comportamientos de los hombres, veremos entonces que reducir los lazos sociales al interés económico-racional del liberalismo impide contemplar otros lazos de sociabilidad de orden más bien emocional y volitivo.

Hace unas líneas hablamos de la importancia de la actividad teleológica del hombre y su propósito de transformar el modo de organización social heredado. Dijimos también que, para Heller, la nación es esa comunidad de convicciones y pautas de conducta que permiten dar a nuestros comportamientos una dirección y una unidad particular. Hay entonces en la nación algo más que la pura sociedad de mercado o la comunidad de descendencia y suelo, hay también una comunidad cultural que comparte costumbres y usos y que merced a estas prácticas permite distinguir a una nación de otra. Si admitimos entonces que los comportamientos llevan su sello nacional/cultural, no podemos dejar que la generalidad abstracta de la economía elimine a todo el resto de las circunstancias que pueden orientar el comportamiento humano. En ese sentido,

para Heller se vuelve necesario destruir la concepción burguesa que divide la totalidad existencial de los humanos en la unilateralidad técnico-económica (Heller, 1968, p. 119) de un dispositivo, como el liberal, que consiste en una masa humana de economía universal única e indistinta, en régimen de libre competencia y libre comercio. Como la economía es una más junto a otras ocupaciones culturales humanas, es necesario contemplar las singularizaciones y los contrastes nacionales/culturales de los pueblos para no caer en un *esquematismo internacional* (Heller, 1985, p. 163) como el que Heller ve en el materialismo de principios del siglo XX. Desde su perspectiva, para ciertas concepciones socialistas las singularizaciones nacionales se desdibujan cada vez más por obra de la economía mundial. Producto de la libertad de comercio, el desarrollo del mercado mundial y la uniformidad de la producción industrial, los intereses de los trabajadores de cualquier nación coinciden con los intereses de los trabajadores de otras naciones.

Este problema de la economía mundial y el sistema capitalista moderno otra vez vuelve a anudar los análisis de Heller con los de los historiadores marxistas británicos, en particular con los de Maurice Dobb y Eric Hobsbawn (Harvey J. Kaye, 1989, pp.47-142). En sus estudios puede verse que la participación en un sistema económico capitalista globalizado no implica que las relaciones de extracción de plusvalía o los criterios de productividad laboral no estén influidos por la costumbre, la tradición o la regulación política nacional. Para Heller, eso se ve muy bien en los problemas que ha tenido que enfrentar el partido socialdemócrata a la hora de colaborar con otros partidos de orientación socialista, pero en otras naciones, poniendo de manifiesto que la nivelación de los contenidos materiales debe ser contrastada con la creciente diversificación cultural. Históricamente, la actitud de Heller respecto de la cuestión de las nacionalidades nos lleva a discusiones críticas del período de entreguerras. Lo que el jurista alemán rechaza es la tesis de (Vladimir Lenin, 2015) acerca de que en la era del imperialismo no puede haber guerras o disputas nacionales, sino que los fenómenos locales deben incorporarse al marco general de la época. Para nuestro autor, esta generalización es errónea porque no advierte que la fase imperialista se caracteriza por

dos movimientos simultáneos: “*singularización de los pueblos en el orden económico y estatal, por una parte, más también mutua implicación económica y política por otra.*” (Heller, 1985). Así, la robustez y la singularización de los estados nacionales es acompañada por una interconexión a nivel mundial pero que de ninguna manera puede ser considerada como igualitaria. En ese sentido, los levantamientos de los pueblos coloniales tienen que ser entendidos como conflictos y luchas nacionales por parte de comunidades que se resisten a ser incorporadas al dominio imperial euroamericano. Para Heller, es tarea de los partidos revolucionarios acompañar esas luchas desde un enfoque nacional y de autodeterminación de los pueblos, para no caer en la indiferencia de un programa socialista sólo a nivel internacional. Fiel a su concepción dialéctica, (Heller, 1968) está convencido de que el programa del movimiento socialista debe aunar estas dos tesis: la de la unidad federativa del proletariado oprimido a nivel internacional, pero complementada con la del proletariado nacional que reivindica su particular inserción histórica, distinta en Alemania que en Latinoamérica.

Para los marxistas británicos, el problema es la interpretación dualista de las teorías de la modernización o del subdesarrollo económico, basadas en una supuesta división de las sociedades latinoamericanas entre regiones industriales, capitalistas, urbanas, comerciales, modernas, desarrolladas y las regiones agrario-feudales, tradicionales, atrasadas tecnológica y económicamente. Este es un debate que los historiadores marxistas británicos han dado sobre todo en dos frentes: uno que tiene que ver con la transición del feudalismo al capitalismo y otro que se relaciona con los estudios latinoamericanos. Respecto de este último, lo que destacan los autores es que las sociedades latinoamericanas consideradas como atrasadas en realidad fueron regiones muy importantes de la actividad comercial y económica de América latina; entonces, el criterio para definir su papel en el sistema capitalista mundial no debe reducirse a las relaciones de mercado, sino que debe considerarse desde el aspecto de las relaciones sociales de producción. Desde esta perspectiva, las sociedades latinoamericanas no fueron determinadas por un desarrollo técnico comercial a escala global al que no pudieron adaptarse, sino que fueron influidas y dominadas por

relaciones sociales de producción coloniales y señoriales que las relegaron a ser meras proveedoras de materia primas. En ese sentido, la dominación colonial de una España todavía signada por relaciones señoriales de producción, ayuda a explicar la situación latinoamericana como consecuencia de las relaciones sociales de producción y no a partir de las relaciones mundiales de mercado.

Conclusión

Volviendo a Heller, y para finalizar el artículo, quisiéramos enfatizar en lo importante que es para el jurista socialdemócrata alemán poder determinar los fines necesarios para la realización del socialismo. Ante todo, lo primero que Heller señala es que el fin del socialismo es construir una forma de vida nueva y mejor, y no simplemente la unión satisfactoria de un grupo económico de intereses. Heller advierte un aspecto liberal en aquellas concepciones socialistas que sostienen que su principal objetivo es hacer coincidir el interés particular de la clase trabajadora con el del resto del género humano. Pues si pensamos que las diferencias de clase se abolirán cuando la clase trabajadora posea una nueva base económica que torne a todos los individuos iguales y libres, estamos admitiendo que la superestructura ideológico-cultural es un mero reflejo de las determinaciones económicas. Para Heller, eso implica olvidar otro objetivo importante del socialismo que se concibe como una tarea ética y que implica la participación en una comunidad cultural. Como dijimos anteriormente, participar en una comunidad de cultura implica compartir la experiencia de vivir en una misma ciudad, leer los mismos anuncios en la vía pública o en los periódicos, participar en los mismos actos políticos o deportivos, etc., etc. Esto quiere decir que una comunidad cultural es también una comunidad nacional de cultura y que, entonces, la diversificación cultural de las naciones obliga al socialismo a tomar como un objetivo suyo no el derribamiento de las especificidades nacionales, sino el desarrollo pleno de la comunidad nacional. Por su puesto, esto no quiere decir que se olvide la contraposición entre los intereses económicos de los obreros y de las clases poseyentes, ni tampoco significa la exaltación

de una comunidad espiritual apriorística y constantemente activa como la suponía la doctrina romántica (George Mosse, 2007). El socialismo, en tanto comunidad nacional de cultura, debe rechazar la ficción liberal de una agrupación racional e internacional de intereses independientes de cualquier otro tipo de vínculo nacional, volitivo, simbólico, práctico, cultural, etc.; como también debe rechazar el sentido de superioridad que acompaña a ciertas identidades nacionales tradicionales que creen en un inmutable espíritu del pueblo. La comunidad nacional no es una unidad producida por las asociaciones individuales ni tampoco es una unidad natural dada de una vez y para siempre, la comunidad cultural nacional *es siempre un centro real y unitario de acción, que existe en la multiplicidad de centros de acción reales y autónomos, ya individuales, ya colectivos* (Heller, 1968, p. 247).

Referencias bibliográficas

- Abendroth, Wolfgang (1970). *Historia social del movimiento obrero europeo*. (Justo Pérez Del Corral, Trad.). Estela.
- Abendroth, Wolfgang (1973). *Sociedad antagónica y democracia política*. (Manuel Sacristán, Trad.). Grijalbo.
- Federici, Silvia (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpos y acumulación originaria*. (Verónica Hendel, Trad.). Traficante de sueños.
- Harvey J. Kaye, (1989). *Los historiadores marxistas británicos un análisis introductorio*. (Julián Casanova, Trad.). Universidad, Prensas Universitarias.
- Heller, Hermann (1968). *Teoría del estado* (Luis Tobío, Trad.). Fondo de cultura económica.
- Heller, Hermann (1985). *Escritos políticos*. (Salvador Gómez de Arceche, Trad.). Alianza.
- Karl Marx y Friedrich Engels (1968). *La ideología alemana*. (W. Roces, Trad.). Pueblos Unidos.
- Karl Marx y Friedrich Engels (1969). *Manifiesto del partido comunista 1848*. Ediciones Del Siglo.
- Karsenti, Bruno (2017). *De una filosofía a otra. Las ciencias sociales y la política de los modernos*, (Gerardo Losada, trad.). Unsam Edita.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. (Norberto Smilg, Trad.). Paidós.
- Luxemburgo, Rosa (2015). *Espontaneidad y acción. Rosa Luxemburgo; Vladimir Lenin; León Trotsky. Debates sobre la huelga de masas, la revolución y el partido*. (Mariana Kabat, Trad.). RyR.

- Mannheim, Karl (1941). *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento* (Salvador Echavarría, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, Karl (2003). “El problema de la intelectualidad: una indagación sobre su papel pasado y presente”. En *Essays on the Sociology of Culture*. Taylor & Francis e-Library.
- Mosse George (2007). *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. (Jesús Cuellar Menezo, Trad.). Siglo XXI.
- Nun, José (2015). *El sentido común y la política. Escritos teóricos y prácticos*. FCE.
- Sazbón, José (2000). *Dos caras del Marxismo Ingles. El intercambio Thompson-Anderson*. Punto de Vista.
- Schmitt, Carl (2014). *El concepto de lo político*, (Rafael Agapito, Trad.) Alianza.
- Stolleis, Michael (2019). El proyecto social de la constitución de Weimar. *Revista de Historia Constitucional*, n.20.
- Thompson, E.P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. (Elena Grau: Jorge Cano, Trad.). Capitán Swing Libros.